

LA SEÑA DEL INFLUJO ALEMÁN EN LA TRANSICIÓN ESPAÑOLA

Eugenio Nkogo Ondó

En la España actual, tenemos temas que deberían ser tratados con claridad meridiana, como el de la transición cuya conclusión las tendencias oficiales atribuyen exclusivamente al famoso “consenso”, haciendo caso omiso de las causas esenciales que influyeron en ella. Desde esta óptica quisiera retroceder al influjo de la República Federal de Alemania, dejando para otra ocasión el de los americanos.

Atravesando sus dificultades propias de las *épocas críticas*, como diría Saint-

Simon, aunque fuera auxiliada por el plan Marshall como lo fueron otros países europeos tras la derrota del nazismo y del fin de la segunda Guerra Mundial, después de retomar un proceso análogo al que Max Weber evocara en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, aun contando con la presencia aliada en su suelo, la República Federal de Alemania alcanzó un gran impulso no sólo en el Occidente sino también en otros continentes. De ahí que sus vecinos hablasen de lo que vulgarmente se llamó “el milagro alemán”. Lejos de detenerme en eso, pretendo enunciar algunas de las líneas de actuación de sus instituciones, en relación con la realidad española, antes y después de la muerte de Franco.

Al término de la guerra civil española, parten oleadas de refugiados políticos hacia Europa y América, en ellas llega la plana mayor del PSOE a Toulouse y su secretario general, Rodolfo Llopis, extiende su actividad intentando recabar el apoyo del socialismo internacional. En junio de 1950, Kurt Schumacher, presidente del SPD (Sozialdemokratische Partei Deutschlands, Partido Socialdemócrata de Alemania), le envía una importante misiva, en la que condena la “vergüenza de la intervención de la dictadura nazi-fascista que hizo posible la victoria de Franco” y confirma el compromiso de su partido en el ideal de rendir homenaje a los luchadores españoles por la libertad y el socialismo y de mantener la lucha hasta la extinción de “los últimos reductos del fascismo en Europa y en el mundo.” Tras su desaparición, dos años más tarde, Llopis se dirige a sus compañeros alemanes, en Dortmund, para recordarles que, lo mismo que el recién fallecido, continuaran con el espíritu de defensa de la libertad en España.

Con el tiempo, era previsible que la posición alemana cambiara según los acontecimientos y que sus efectos duraran a corto y a largo plazo. En la escena aparecen cuatro instituciones: el BND (Bundesnachrichtendienst, Servicio Federal de Inteligencia), el SPD, que ya hemos citado, la fundación Friedrich Ebert y los ejecutivos de distintos signos. Se ponen de acuerdo para sopesar al régimen franquista y diseñan sus estrategias o métodos a seguir. Los sucesivos viajes que realizan los representantes de la fundación Ebert a Madrid, entre ellos Robert F. Lamberg, califican el ambiente de desastroso, en el que, además de la falta de una coordinación coherente, les parecía chocante que los activistas de la oposición fuesen, casi sin excepción, intelectuales “cuya labor de agitación se limitaba a una conspiración de salón, conocida y tolerada por las autoridades”. De hecho, “el antifranquismo de café” de esos intelectuales que “no arriesgaban más que una multa o una corta estancia en prisión, mientras que los activistas obreros se enfrentaban por sus actos ilegales a duras penas de cárcel”, era, para el observador atento, una de esas llamativas contradicciones que reproduce Antonio Muñoz Sánchez en *El amigo alemán, el SPD y el PSOE, de la dictadura a la democracia*.

De ese conjunto de organizaciones carentes de base social o de superestructuras sin estructura, “ajenas a una clase obrera profundamente despolitizada”, surgieron ciertos grupos que asistieron a los congresos de Toulouse, en 1970 y 1972. En este último, el delegado de Sevilla, Felipe González, echó en cara a Rodolfo Llopis que pertenecía a la vieja guardia de la izquierda que Europa ya no quería, que recordaba lo que los socialistas europeos querían olvidar y que había luchado por la democracia, pero que ya no la representaba.

Es, sin duda, inverosímil que este protagonismo guiado por la asimilación del franquismo, que sigue vigente hasta hoy y demuestra que “España ha sido muy indulgente con Franco” como lo sostiene el historiador británico Paul Preston en su voluminosa obra *Franco, caudillo de España*, lejos de la férrea oposición de los alemanes al nazismo, fuera lo que Europa quería. Así como repitieron hasta la saciedad durante cuarenta años a la sociedad española, evocando siempre las exaltaciones de Millán Astray, que Franco fue el enviado de Dios “como Conductor para la liberación y engrandecimiento de España”, que fue “el primer estratega” de la época que “jamás se equivocó”, hoy el estamento del sistema heredado mantiene inalterable su firmeza en otorgar al Rey la inviolable e imprescindible dignidad de árbitro y salvador de la monarquía franquista. Si a lo largo del franquismo el pueblo español se vio privado de su derecho a recibir una información objetiva de lo que ocurría en su propio seno, lo que obligó a muchos de sus habitantes a desplazarse, de distintas maneras, a otros países o a acceder a sus canales informáticos, pues el postfranquismo, conservando una gran dosis del oscurantismo inicial, hace que sus intelectuales aprendan de los hispanistas u observadores extranjeros lo raro que resulta el hecho de que Franco haya sido el más afortunado de los dictadores por excelencia que, en la historia de los siglos XX y XXI, ha sido irrevocablemente indultado por su “pueblo”.

Esta conformidad con el régimen anterior llevará al general Manuel Fernández-Monzón Altola, autor junto con Santiago Mata de *El sueño de la transición, los militares y los servicios de inteligencia que la hicieron posible*, a exclamar que la instauración de una monarquía en pleno siglo XX “es casi un milagro de la Virgen de Lourdes”, que la mayor sorpresa “es que el eje intocable de toda transición fueran la monarquía y el rey de Franco”. Por lo tanto, “El hecho de que todos comunistas y socialistas españoles se hicieran monárquicos devotos es una cosa muy divertida, para mí todavía inexplicable”. Esta experiencia, le permite afirmar que el Almirante eligió a Felipe González, quien le confesó personalmente que: “No se preocupen ustedes, que no olvidaremos nunca a Carrero Blanco. Soy perfectamente consciente de ello, de nuestra boca no saldrá jamás una crítica al almirante Carrero Blanco”.

Con esa lealtad, llegamos al asalto final del congreso de Suresnes, en octubre de 1974, donde Felipe González fue elegido secretario general del PSOE, lo que supuso la defenestración del verdadero PSOE, el histórico. Este congreso vino de maravillas a los franquistas, porque era un signo definitivo de adhesión a su posición dominante. Tras ello, el nuevo líder socialista español sorprendió últimamente a los alemanes, en el congreso de Maguncia en noviembre de 1975, con un discurso moderado, después del aplauso cerrado que recibió el delegado del SPD por reclamar la instauración de la III República Española. Ante semejante incertidumbre, los alemanes tenían que continuar con su apoyo a la supuesta oposición y a España por razones obvias, entre ellas, la de haber hecho de Palma de Mallorca “Das Siebzehnte Deutschland”, el Estado Alemán no 17, habiendo extendido sus lazos por el archipiélago Canario y por otras zonas peninsulares, impusieron a sus receptores serias condiciones: a) la confirmación o consolidación del plan de la moderación, b) postergación a los comunistas, c) exclusión a los críticos de sus órganos decisivos, d) incorporación en la estructura de la OTAN... En esa alineación forzosa, se puede observar que hoy por hoy es, será, difícil salir de La monarquía que Franco nos ha legado, porque cuenta con célebres defensores

tanto en la izquierda como en la derecha. Con razón, Pablo Castellano (*Por Dios, por la patria y el rey, una visión crítica de la transición española*) reconoce con realismo y resignación que “Otra vez han ganado. Otra vez hemos perdido”. Lo cual, en lugar de *vertebración*, hace pensar en la *España invertebrada* (de Ortega).

León, 23 de enero de 2016.

© Eugenio Nkogo Ondó